

En *El autor intelectual*, Martini subraya con minucia el marco de referencias (calles, lugares, marcas); los problemas que se abordan en este encuadre trascienden con holgura la anécdota escenográfica.

Oswaldo Gallone

Cuentos de los años felices, Oswaldo Soriano, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2000, 219 pp.

No puede decirse que Oswaldo Soriano (Mar de Plata, 1943, Buenos Aires, 1997) desconoció el éxito. En vida llegó a ver sus novelas traducidas y publicadas en veinte países y varias de ellas fueron llevadas al cine. Pero sí puede afirmarse que, poco menos que a un lustro de su muerte, su obra y figura van adquiriendo una dimensión cada vez más ancha¹. Narrador quizás algo irregular, de él destacaría, no obstante, *Triste, solitario y final* (1973), pero muy especialmente, por su brillo, *Cuarteles de invierno* (1980). Exiliado en Bélgica y Fran-

cia durante la dictadura militar, a él se debe uno de los títulos más desbordados que tratan sobre la última etapa de Juan Domingo Perón en el poder y sus consecuencias: *No habrá más penas ni olvido* (1978), relato polemista cuando apareció, pues muchos argentinos vieron en él una lectura en exceso reduccionista del peronismo.

Periodista (fue redactor, entre otros medios, del diario *La Opinión*, que impulsaran Jacobo Timerman y Abrasha Rottenberg, y que vivió los años trágicos del Proceso), además de narrador de ficciones, siempre sintió una singular inclinación, tan chejoviana, por la observación de la realidad desde un ángulo agridulce y bajo el prisma del perdedor, del ser anónimo, algo que se trasluce en estos *Cuentos de los años felices*². En este sentido, y lo afirmo ya, este es un libro extraordinariamente delicioso. Narraciones en las que la figura del padre aparece como núcleo básico, aunque a veces se vuelve sólo tangencial, y en las que se nos habla de la existencia del vivir, a partir de sucesos de índole autobiográfica. Ahí tenemos los años cincuenta con sus

¹ Acaba de publicarse Oswaldo Soriano, un retrato, de Eduardo Montes-Bradley. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2000. Libro-homenaje con opiniones de 28 escritores, de entre los que destaco a Mempo Giardinelli, Eduardo Galeano, Héctor Olivera, Ana María Shua, Félix Samoilovich, Juan Forn, Rodrigo Fresán, José Pablo Feinmann y Martín Caparrós.

² Muestra de ello serían, además, los libros compiladores de sus artículos, que se publicaron en Argentina, Italia, Francia y Alemania: *Artistas, locos y criminales* (1984) y *Rebeldes, soñadores y fugitivos* (1988). Estos títulos y el resto de la obra de Soriano están siendo reeditados actualmente en Grupo Editorial Norma.

penurias, con el populismo peronista como escenario; el acceso a la experiencia del adolescente, con lo que comporta de apertura a la vida; la dura lucha cotidiana de la clase media y su empobrecimiento permanente e imparable, la épica del fútbol (insuperable ese *Otoño del 53*) que sirve de oxígeno al niño y al adulto.

En suma, una mezcla sabia de melancolía y nostalgia, de recuperación de la memoria e indagación de un tiempo perdido, de unas vivencias en blanco y negro; y todo transcrito con una delicadeza y un comedimiento, si no inéditos en Soriano, al menos algo infrecuentes en su literatura.

Miguel Herráez

Historia de la historiografía literaria argentina. Desde los orígenes hasta 1917, Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Pasco, 1999, 335 pp.

Pedro Luis Barcia, profesor titular de literatura argentina en la Universidad de La Plata, y asesor de investigación de la Universidad Austral de Buenos Aires, por simplificar drásticamente la larga lista de sus responsabilidades y méritos académicos, nos ofrece en este libro, culminación, sin duda por muy breve tiempo —porque son ya

dos los nuevos títulos cuya publicación nos anuncia— de su extensa producción bibliográfica, una rigurosa incursión en un tema cuya importancia no es preciso encarecer, porque nada augura que la historia literaria, a pesar de voluntarismos tan sugestivos como, hoy por hoy, ilusorios, vaya a dejar de ser imprescindible.

El límite autoimpuesto a esta investigación corresponde al momento en que apareció la extensa *Historia de la Literatura Argentina* (1917) de Ricardo Rojas, cuando se abren especiales perspectivas de modernidad en el tema, pero Barcia nos promete seguir adelante en su análisis.

Tras un capítulo inicial, preámbulo obligado para valorar las peripecias de esa materia —con apoyaturas en los inexcusables teóricos, de Chateaubriand a Barthes y Lefebvre, pasando por Guizot, Menéndez Pelayo, Goldman, Todorov, H. Jaus y *tutti quanti*—, y revisar el estado de la cuestión, especialmente en el mundo hispánico, el profesor Barcia desarrolla en los once capítulos siguientes un minucioso acercamiento a los hitos esenciales de las obras que han abordado el análisis de las diversas etapas de la literatura argentina (e hispanoamericana): para empezar (cap. II), Barco de Centenera, las crónicas jesuíticas, el peruano Peralta Barnuevo, Márquez de la Plata —enjuiciador del *Siripo* de Lavardén, los escarceos críticos

del *Telégrafo Mercantil*, en el albor del XIX.

Con Juan Cruz Varela (cap. III) y sus cinco artículos anónimos en *El Tiempo* entramos en un período de cierta consolidación de una crítica proyectada a lo que ya empieza a llamarse, con grandes titubeos, «literatura nacional», en los tiempos neoclásicos. Echeverría, Irigoyen y Alberdi en el romanticismo (cap. IV) afianzarán el concepto y darán paso ya a un Juan María Gutiérrez (cap. V), «el biógrafo de la cultura patria», incitador del espíritu americanista, como lo muestran sus relaciones con el norteamericano Ticknor, muy oportunamente puntualizadas por Barcia, y autor, en fin de los decisivos *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX* (1865) y la antología *Poesías americanas* (1866), por citar sólo libros decisivos abiertos a toda la América meridional.

En la «Generación del Ochenta» (cap. VI) destaca justamente el profesor Barcia el proyecto historiográfico de Martín García Mérou, y enseguida (cap. VII) recoge, la propuesta periodizadora de Argerich, recuperando el interesante antecedente de la efectuada antes por José Mármol. La reflexión crítica del analista va puntualizando los progresos hacia el afianzamiento de la identidad de la literatura hispanoamericana y argentina, que todavía lleva a planteamientos como el de la

tesis doctoral en 1901 de la profesora Ernestina A. López *¿Existe una literatura americana?* (cap. VIII). Lo que sigue nos conduce al fundamental ya citado libro de Rojas, quien contó con los avances representados por la decisiva obra de Menéndez Pelayo, y las de Blanco García y Cejador, aportaciones españolas, y las de los grandes hispanistas extranjeros, de Merimée a Coester (cap. IX). También, por supuesto, con el ya animado panorama de la crítica argentina (Oyuela, los García Velloso, I. F. Romero, F. Martínez... (cap. X). Creada en 1913, la cátedra de literatura argentina de la Universidad de Buenos Aires representa, no importa cuán tardíamente, el espacio que hizo posible el mayor de los avances en esta disciplina que daría lugar a esta justamente ambiciosa *Historia*, que sobrevivirá a escepticismos e ironías —muy conocida la de Borges—. Barcia destaca este significado, sin dejar de exponer razonados reparos.

Cierra el autor su estudio con un capítulo (XII) de «síntesis y conclusiones», realmente valioso: clarividente y esforzada puesta de relieve de los aspectos esenciales atendidos en el libro. Particular interés nos merece el apartado dedicado a un tema inagotable, «Las periodizaciones». Si echamos en falta —y decimos esto para los aficionados a buscar lagunas— la consideración de las actas de un congreso sobre este aspecto organizado por la Universi-

dad de Cuyo, Mendoza, en 1987 (en el que el propio Barcia participó activamente), la respuesta es que no era procedente en un libro de título tan específico reabrir de par en par las puertas de éste y otros inmensos debates. Sencillamente, porque este libro, cuyo autor no se refugia en la inmensa carga erudita que aporta y abre siempre camino, felizmente, a su voluntad de opinar, no pretende ser una enciclopedia; sólo, y nada menos, un libro esencial, imprescindible para lo que promete, algo conseguido con creces.

Luis Sainz de Medrano

El poema del esposo, Patricia Guzmán, Pen Press, Nueva York, 1999, 22 pp.

«La poesía de Patricia Guzmán —ha escrito Juan Liscano— es anti-discursiva. Se da por brotes, por hábitos, por manojos». Y añade: «Lejos de componer poemas, parece írselos arrancando en una operación, en parte masoquista, de sufrir el respiro recóndito, lo arrancado a su siembra, a su jardín, a su tierra». Nada más acertado que esta metáfora dolorosa y vegetal para plasmar una imagen del trabajo más reciente de Guzmán. En sus dos libros anteriores, *De mí lo oscuro* (1987) y *Canto de oficio* (1997), la novel

poeta venezolana había esbozado las primeras formas de un verso estrictamente intimista, una palabra que daba fe de sus lecturas no sólo de una cierta poesía testimonial contemporánea sino también —y sobre todo— de la tradición mística española. Voluntad de despojamiento, tono confesional y un sinfín de centellantes imágenes marcaban el rumbo de un fraseo sincopado, presidido por las figuras recurrentes del ángel y el pájaro: «Te lanzo/ al cielo/ como piedra/ Vuelves/ Nada en mi mano». Su nuevo libro prolonga esta poética de la desnudez y la pérdida pero, como en una ampliación de la impronta sanjuaniña, constituye una variación sobre los temas del esposo y la herida. Guzmán profundiza en la fibra dramática de su discurso, trazando los contornos rítmicos y simbólicos de un viaje a los confines del padecimiento, la culpa y el miedo, en pos de la salvación por el amor. Desprendidos de su más oscura raíz, de su légamo, los versos preservan el desgarramiento que signa su enunciación y que adopta la forma de un obsesivo balbuceo, entre rupturas y repeticiones. «¿Quién soy yo en el sueño de mi esposo?», se pregunta la poeta una y otra vez. La respuesta está, por supuesto, en el poema mismo, en ese espacio privado donde se conjugan las discordantes voces de una mujer ora infantil y cariñosa, ora desesperada y violenta, ora frágil y resignada. Su palabra